



ALIANZA EVANGÉLICA ESPAÑOLA

–COMUNICADO–

LOS ACUERDOS DEL CONSEJO EUROPEO.

UNA EVALUACIÓN ÉTICA

El Consejo Europeo tomó recientemente una serie de acuerdos asumidos por la mayoría de los países de la Unión Europea, que pretenden dar respuesta a la actual crisis. Algunos dirigentes han señalado la necesidad de que estas medidas se enmarquen en una reevaluación a fondo (algunos han utilizado incluso el término “refundación”). Ese proceso requiere una reconsideración desde diversos frentes, y uno de ellos es el de los valores éticos que debemos volver a asentar. Como Alianza Evangélica Española, formamos parte de la sociedad civil que debe ser partícipe y responsable en el proceso que ahora se inicia; en el ejercicio de esa responsabilidad, ofrecemos una evaluación ética de la generación de la crisis y de las propuestas de solución que se han indicado.

1. El origen de la crisis: algunos datos de interés

La deuda emitida por los estados de países occidentales tenía tradicionalmente la máxima seguridad, porque estaba garantizada por el propio estado, y no era imaginable la bancarrota de un estado europeo. La caída de Grecia, originada en una enorme mentira, con manipulación de las cifras de sus presupuestos, junto con la coyuntura internacional de la crisis de las hipotecas-basura, generó una gran desconfianza en los inversores, que a partir de entonces reconsideró la fiabilidad de la deuda soberana de otros países europeos. En el caso de España, además, la desconfianza se incrementó por su excesiva dependencia del sector inmobiliario, viciado por una sobrevaloración de las propiedades; los bancos computaban en sus activos propiedades que tenían un valor muy inferior al pretendido, lo que les dejó en situación de vulnerabilidad.

Como consecuencia, aumentó la prima de riesgo: los inversores empezaron a reclamar una mayor remuneración de intereses para seguir invirtiendo en la compra de deuda, que en términos coloquiales se podría explicar así: “no me fío de poder recuperar el dinero que te presto, porque si no puedes devolvérmelo y tengo que quedarme con tu apartamento, lo que me paguen por él va a ser menos de lo que dices, así que si quieres que te haga un préstamo, tendrás que pagarme más intereses por el riesgo que corro”.

Mucho se está hablando del endeudamiento del estado, de las autonomías y de los gobiernos locales, pero aún así la deuda pública española no ha venido siendo más elevada que la de otros países europeos estables; lo que es desmesurada es la deuda privada; ¿y qué significa esto? que los españoles han venido consumiendo más allá de sus posibilidades, como se comprueba en su afán por hacerse con la propiedad de su vivienda endeudándose con frecuencia más allá de lo razonable, mientras los bancos alentaban esta falta de prudencia, participando consciente y activamente en la sobrevaloración de los inmuebles, e incitando a un endeudamiento muy por encima de los más elementales criterios de prudencia.

Las agencias de calificación han venido jugando un papel relevante en esta cascada de desconfianza, azuzándola más; han desencadenado una dinámica de profecía que se autocumple, y los gobiernos y la propia UE se han quejado de que las amenazas de recalificación de estas agencias han entorpecido cualquier intento de estabilización y recuperación de la confianza. Ahora bien, no es responsable tapar la mala gestión con la disculpa de que "el profe nos tiene manía": la razón por la que España recibe malas calificaciones por parte de dichas agencias reside en la esperpéntica estructura de gasto de nuestro país, que concentra un gran acceso al gasto público y a la deuda y que se ha gestionado terriblemente mal, pese a que las propias agencias advirtieron de este mal endémico de nuestra economía.

Un problema añadido es la especulación, que puede hacer su agosto no sólo cuando la economía de un país sube, sino también cuando baja (los mercados de futuros son un ejemplo).

2. Elementos éticos en el origen de la crisis

En la descripción de este proceso se ponen de manifiesto elementos éticos que no se pueden ignorar: la caída de Grecia tuvo su origen en una manipulación de la información presupuestaria, en una mentira "olímpica". Además, jugó un papel la especulación sobre la calidad crediticia del país heleno, los llamados CDS (un tipo de instrumento financiero que permite a una entidad que opere en los mercados "apostar" sobre la posibilidad de que el país quiebre). En este caso, los datos fundamentales de Grecia parecían apuntar a la posibilidad de impago, pero la especulación originada en torno a este hecho no hizo sino acelerar el mismo.

Una tasa de engaño está presente también en la burbuja inmobiliaria y en la generación de activos tóxicos, con bancos que prestaron dinero sabiendo que la garantía hipotecaria no era realista, aunque el mercado la justificase, y particulares que ofrecieron garantías apoyadas en esa especulación inmobiliaria, sabiendo que las valoraciones estaban hinchadas. Las hipotecas-basura y su transmisión al sistema financiero mundial fue posible debido a la desregulación del mercado financiero, lo que supone una antropología deficiente que no tiene en cuenta que el ser humano es un ser que no es bueno en su naturaleza. Es ilusorio pensar que cuando un ser humano conoce el bien va a hacerlo, eso no se corresponde con la observación de la realidad. Ello lleva a no establecer los mecanismos de control suficientes, o a desmontar los que en cierto modo sí existían antes de esta crisis que nos atenaza, lo que sin duda agrava la responsabilidad ética.

La codicia explica también el elevado endeudamiento privado en España; se ha ignorado la parábola del que se puso a construir una torre sin echar cuentas de lo que le costaría¹. La codicia a cualquier precio está también en los movimientos especulativos en los mercados financieros. Son también elementos éticos la confianza y la pérdida de la misma, la fiabilidad o la credibilidad, que han dominado todo este proceso; lo son también el uso irresponsable del poder de influencia de las agencias de calificación, así como su grado de objetividad –algunas de estas agencias mantenían triple A en bancos que luego demostraron agujeros inmensos– o la cascada de amenazas de recalificación.

No es posible construir un sistema financiero fiable, confiable, y, por tanto, estable, sin unos códigos éticos definidos y sólidos. Es evidente que estos códigos han fallado y, si queremos restaurar la situación, será inútil tomar medidas que ignoren la necesidad de un rearme ético.

3. ¿Quiénes son los beneficiarios de las medidas tomadas en el Consejo Europeo?

¿A quién se pretende salvar? Las medidas adoptadas en el Consejo Europeo pretenden estabilizar el sistema financiero y el propio euro, lo cual no es sólo bueno, sino necesario; están seguramente justificadas. Es igualmente probable que otro tipo de medidas podrían ser tanto o más eficaces, pero a los autores de este comunicado no nos corresponde desarrollarlas. Ahora bien, es oportuno evaluar la adecuación de sus objetivos y su jerarquización. En esta crisis ¿a quién hay que salvar en primer lugar? ¿Al déficit o al paro? ¿A los bancos o a las familias?

Los cristianos entendemos que, para dar respuesta a estas preguntas, hay que echar mano del criterio bíblico de que las decisiones políticas deben ser hechas pensando en el ser humano, en la línea de las palabras de Jesús: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo”²; por tanto, el ser humano no debe estar al servicio de la economía, sino la economía al servicio del ser humano, pero los grandes economistas con frecuencia olvidan estos “fundamentales” –perdónesenos el juego de palabras–. Las personas de a pie escuchamos las cifras astronómicas que se invierten en salvar a instituciones financieras y no podemos evitar la pregunta: ¿cuántos empleos podríamos crear con esas decenas de miles de millones? ¿Y cuántas familias podrían mantenerse con esos recursos? J. M. Atencia nos explica que con el dinero inyectado a la banca en Europa en los años 2008-2010 se podría pagar a todos los parados españoles durante 46 años, o se podría tapar el hambre de todo el mundo durante 72 años³. En cualquier caso, en la cumbre de Bruselas hemos oído hablar mucho de finanzas, ajustes y control de presupuestos, pero nada de paro ni de servicios básicos, lo que habla elocuentemente de dónde tenían su foco colocado. Y esto es también una cuestión ética.

Sin duda, las personas de a pie hablamos sin mucho conocimiento técnico, pero los grandes diseñadores de la macroeconomía harían mal en decir como los fariseos “esta

¹ Lc 14.28-30

² Mr 2.27

³ http://www.elpais.com/articulo/andalucia/banca/ano/luz/elpepiespand/20111206elpand_5/Tes

gente que no sabe la ley, maldita es”⁴, porque es esta gente la protagonista, la generadora y la destinataria de recursos, la que tiene el derecho y la responsabilidad de definir el tipo de sociedad europea que queremos, sus libertades, sus garantías, su modelo de desarrollo. Las grandes medidas pueden sustentarse en elaboradas y rigurosas argumentaciones, pero es necesario recordar continuamente quiénes son los destinatarios últimos de las medidas y hasta qué punto les beneficiarán, es necesario que los dirigentes de Europa escuchen a los ciudadanos, se pongan en su camisa y asuman sus prioridades. Hay que asegurarse de que la población general entiende las medidas –se debe hacer un esfuerzo de comunicación pedagógica incluso en la propia terminología de la publicación de los acuerdos– y las asume consciente y responsablemente.

En la crisis actual los destinatarios finales de las medidas no deben ser los bancos, sino las familias, no deben ser las instituciones financieras, sino las personas, y, si el principal problema de las personas es que se les garantice su bienestar, su acceso a la salud, a la educación, al trabajo o a la pensión, las iniciativas han de utilizar los instrumentos adecuados para atender esas necesidades y jerarquizarlos adecuadamente.

Seguro que está plenamente justificado introducir el ajuste del déficit y de la deuda, la homogeneización de la fiscalidad o el rigor de los presupuestos de cada país, pero ¿quién será el beneficiario fundamental de estas medidas? ¿Qué precio se pagará por ellas? ¿Y quién lo pagará? Los ciudadanos de a pie tenemos la sensación de que no somos nosotros sus destinatarios finales, sino las entidades financieras, y tenemos la seguridad de que el precio lo pagaremos nosotros. Y para calmar esa desconfianza, para convencernos de que nuestro análisis es incorrecto y simplista, no ayuda nada comprobar cómo los grandes gestores que nos han llevado a la crisis se retiran con indemnizaciones multimillonarias, o cómo los que ahora son llamados para pilotar los ajustes –en algunos llamativos casos– son los mismos que antes participaron como asesores en los procesos marcados por el engaño, o recomendaron las actuaciones que nos han traído hasta el punto actual. No nos tranquiliza nada saber que los ajustes acordados producirán durante un tiempo en los países más inestables un aumento del paro, un descenso de las rentas de las familias, un incremento de los índices de pobreza y de vulnerabilidad, etc.

Detrás de lo que estamos hablando hay obvios fundamentos éticos. Nos gustaría tener la seguridad de que los acuerdos del 9 de diciembre no obedecen al criterio farisaico de dejar de ayudar a los padres con el pretexto de que ese dinero debe quedar para invertir en ofrendas⁵, el *Corbán* que, traducido a nuestra situación sería “no podemos invertir en la reducción del paro y tenemos que distraer recursos de la sanidad, la educación y las pensiones, porque esos recursos los tenemos que invertir en salvar a los bancos”.

Al mismo tiempo, reiteramos que es razonable tomar medidas de control porque no sería responsable permitir un aumento incontrolado del gasto, que podría embarrar la

⁴ Jn 7.49

⁵ Mr 7.11-12

situación mucho más y aumentar la inflación. La banca, bien utilizada, puede ser un excelente instrumento de control de la economía, que genere riqueza y empleo, siendo conscientes de que es importante tener visión a largo plazo cuando se destina dinero público a una cuestión tan delicada como salvar el capital privado.

Es indudable que se necesita asegurar la solvencia y credibilidad del sistema financiero, pero desde la perspectiva del ciudadano ¿para qué sirve salvar a los bancos con dinero de todos si finalmente no se consigue el objetivo final de recuperar la fluidez del crédito?

También hay cuestiones éticas en el papel del BCE y la compra de eurobonos. Los alemanes dicen con razón que no es justo mutualizar la deuda si no mutualizas también el diseño de los presupuestos y la fiscalidad. Dicen con razón que no es justo que en Grecia un buen porcentaje de la población eran funcionarios sostenidos por el gobierno y se jubilaban a los 50 años, y que el déficit generado por estas y otras circunstancias tenga que ser enjugado ahora con recursos generados de los impuestos de trabajadores alemanes que no se jubilan hasta más tarde. En contrapartida, es probable que Alemania y Francia no habrían tenido tanto reparo en dejar caer en la bancarrota a Grecia si no fuese porque buena parte de la deuda griega la tenían suscrita bancos alemanes y franceses; esto justifica también el énfasis en asegurar que a los bancos privados no se les pedirá más que condonen deuda. Todo esto manifiesta elementos éticos evidentes: la solidaridad, que debería ser por principio poco interesada –aunque no ciega– no está dirigiendo las decisiones actuales; como siempre, solidaridad es una palabra muy recurrida, pero, como dice Pablo Solana, funciona mal cuando estamos con el agua al cuello⁶.

4. ¿Son las únicas medidas posibles?

Algunos especialistas nos dicen que otro tipo de medidas podrían ser tanto o más eficaces. Por ejemplo, habría que considerar si no ha llegado el momento de devaluar el euro para fomentar las exportaciones y con ello la actividad económica.

Llama nuestra atención el análisis alternativo que presenta Martin Wolf en el Financial Times⁷. Con mucha claridad muestra que los criterios de déficit público y nivel de deuda no habrían sido útiles para predecir la caída de países como España, que en años recientes ha venido manteniendo en estos parámetros tasas mejores que Alemania; lo que la habría predicho con claridad es el déficit por cuenta corriente, significativo en España, Grecia o Italia, países que han venido dependiendo mucho de la inversión exterior, que se ha retraído al iniciarse la crisis. Si es correcto su análisis, las medidas de ajuste fiscal y presupuestario tendrán una eficacia dudosa y no resolverán el paro en estos países; habría que promover una recuperación de la inversión exterior, pero sería aún más sensato consensuar la remodelación del tipo de desarrollo económico en España y hacerlo menos dependiente de la inversión exterior. Y tanto para esa remodelación como para generar la necesaria voluntad de consenso se precisan acuerdos de base ética.

⁶ <http://www.protestantedigital.com/ES/Magacin/articulo/4342/Los-acuerdos-del-consejo-europeo>

⁷ <http://www.ft.com/cms/s/0/396ff020-1ffd-11e1-8662-00144feabdc0.html#axzz1g4w9OppC>

No vamos a entrar en el debate de cuál de estas aproximaciones es más correcta técnicamente, pero se hace evidente que los acuerdos del Consejo Europeo no son los únicos posibles, los únicos ortodoxos e imperativos. Nos interesan de este debate las consecuencias de las distintas propuestas sobre los ciudadanos de a pie, el paro, el “salario social”, el estado del bienestar; y de ese debate hemos estado ausentes los ciudadanos de a pie, a quienes nos queda la inquietud de que no hemos podido ser partícipes de las decisiones, no se nos han ofrecido posibles alternativas, y además, los mismos que tomaron las decisiones serán quienes juzgarán su eficacia. Esto nos introduce en la última parte de nuestra reflexión.

5. Coherencia y democracia en la ejecución de las medidas

¿Quién controlará la ejecución de las medidas? ¿Con qué criterios? En las instituciones europeas que supervisarán todo el proceso, Francia y Alemania tienen la sartén por el mango; así, en el Fondo de Rescate Estable tendrán mayoría de bloqueo estos dos países e Italia, ¿y nos podemos fiar? No podemos olvidar que Francia y Alemania establecieron en su día criterios rígidos de déficit para crear la eurozona, pero los dos países –sobre todo Francia– los incumplieron ya de entrada, ¿y se autoexcluyeron? De ninguna manera; pronto impusieron elementos de flexibilidad diseñados a su medida para salvar los efectos de ese incumplimiento. Con estos antecedentes, ¿qué garantías podemos tener de que estos auditores de las medidas van a ser objetivos y ecuanímenes? Por supuesto que la misma duda nos asaltaría si los auditores fuesen otros países, porque otra vez nos encontramos con una cuestión ética de fondo, con una versión actualizada de la parábola de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio⁸.

La conducción de esta crisis ha de hacerse con instrumentos de decisión democráticos. Se está produciendo una reorganización del poder de decisión en muchos sentidos: se dice, con cierto fundamento, que los jefes de estado de Grecia e Italia no han sido sustituidos por iniciativa de su electorado, sino por imposición de los mercados. Sean cuales sean las justificaciones de esos cambios, es motivo de preocupación la pérdida de protagonismo de los ciudadanos a favor de las instituciones y supone un amenazador retroceso en el ejercicio democrático del poder. La contrapartida de protagonismo y eficacia democrática la encontramos en el ejemplo de Islandia.

Esto mismo ha sucedido en el propio mecanismo de decisión de los acuerdos de los que estamos hablando: los han decidido jefes de gobierno elegidos democráticamente, pero lo han hecho de una forma muy alejada de la ciudadanía y fuera de los habituales mecanismos de control democrático; dicho gráficamente, en las próximas elecciones alemanas deberíamos participar el resto de los europeos, porque la Sra. Merkel nos ha dictado las reglas con más capacidad ejecutiva que el presidente que cada país eligió.

Se está produciendo, pues, una perceptible pérdida de profundidad democrática. Lo comprobamos al examinar los principales acuerdos del 9 de diciembre, que exigen:

a) una modificación de las diferentes constituciones, modificación que en muchos casos obviará la consulta popular –como ya ha sucedido en España–; por cierto, como indica la UGT, no sólo debería señalarse un límite de gasto, sino también un suelo de

⁸ Mt 7.2-5

gasto mínimo que garantice los servicios sociales básicos, algo que no se valoró en Bruselas, lo que prueba la importancia de definir quién es el destinatario final de las medidas.

b) una coordinación rigurosa de las políticas económicas de los países de la zona euro. Esto no parece malo, siempre y cuando esa coordinación sea el fruto del consenso, no del dictado de dos, y esté sometida a los mecanismos democráticos de claridad y transparencia en el debate, la ejecución y el seguimiento.

c) la estabilización del fondo de rescate, o Mecanismo Europeo de Estabilidad; sobre ese fondo tienen mayoría con capacidad de decisión Alemania, Francia e Italia. Es razonable que quien más aporta a ese fondo tenga mayor voz en las decisiones, pero es cuestionable que esto se traduzca en una concentración de poder de una mayoría cualificada que controlan tan sólo tres países; la desconcentración y equilibrio de poder es un elemento básico del sistema democrático.

Conclusión

Reclamamos veracidad, transparencia, coherencia. Ya explicamos cómo el déficit principal en el origen de la crisis fue un déficit de transparencia, de verdad, que después se tradujo en un déficit de credibilidad. No precisamos que se nos tranquilice, sino que se nos diga la verdad, cuáles son los fundamentos de las medidas, quiénes sus beneficiarios, qué precio hay que pagar por ellas y quién lo va a pagar, que se nos hable con claridad. El debate sobre los acuerdos se ha realizado en un lenguaje ininteligible (¿intencionadamente ininteligible?), que nos recuerda la negociación sobre la rendición de Jerusalén, en la que los enviados de Judá pedían a los asirios que no les hablasen en alto en lengua comprensible para el pueblo; la respuesta fue clara: el pueblo está expuesto a sufrir y debe conocer con claridad, en su propio idioma, lo que le espera⁹.

En palabras del Evangelio, no podemos poner un “remiendo de paño nuevo en un vestido viejo”¹⁰; si vamos a salir de esta crisis, no puede ser partiendo del viejo traje del engaño, la manipulación, la falta de transparencia, la especulación, la codicia, la despreocupación por el ciudadano de a pie y las familias. Como decíamos al inicio, no es posible construir un sistema financiero fiable, confiable, y, por tanto, estable, sin unos códigos éticos definidos y sólidos; necesitamos un rearme ético, y para ese rearme la mejor referencia que tenemos es el código de valores que recorre e impregna toda la Biblia, precisamente el código de valores que desde el s. XVI ha dirigido el desarrollo de los países más avanzados de Europa, los de la Europa protestante, los valores de la verdad, la fiabilidad, la transparencia, la responsabilidad, la sobriedad y la búsqueda de la equidad y la justicia social. Son nuestra mejor garantía para salir de la crisis.

⁹ 2Re 18.26-27

¹⁰ Mt 9.16